HDKAOS

NO. 7,8,9 Y 10



Archivo literario y artístico

Archivo literario y artístico

HEREDEROS DEL KAOS

Número 7, 8, 9, y 10 de "Herederos del Kaos". Revista virtual de creación literaria y artistica fundada por Juan C. Vásquez en el año 2006 en San Francisco-California. (6, 7, 8, 9 /13). Archivos (2006/2013). Email : herederosdelkaos@gmail.com

Título original: Revista de creación Herederos del KAOS.

|. Narrativa, poesía
Diseño de cubierta: Canva

*Publicación gratuita
herederosdelkaos@gmail.com
+34631537357

Índice

POESÍA

GRACIELA WENCELBLAT

Nadie se da cuenta.
Está el desayuno
el café tostadas,
las noticias del diario, que de ella,
no dicen nada.
No dicen que se está muriendo
como al descuido,
mientras la magnolia
                    suelta su fragancia.
(de PASAJE DEL SIGNO, E.D. VINCIGUERRA/1998.
Quedó dada vuelta
de una manera extraña
no encontraba sus pies
ni se podía poner en contacto.
Husmeó la salud del día
trémula dudando de su noche
de si llegaba el aire
o el absurdo
sueño que nada había pasado.
Se sintió niña perdida
y no pudo volver a ser quien era .
Nunca más la visitó el verano.
desde graciela (inédito)

Graciela Wencelblat. Argentina
Coordinadora grupal, fue presidenta de la Fundación mayorazgo para las artes y las ciencias en Paraná (entre Ríos) Concurrió al taller literario de Inés Malinow y más tarde al de Marta Braier.
Trabajó sus poemas con santiago Kovadloff y con Cristina Piña.
Tiene Publicados: El camino ed independiente.POR DISIMULAR QUE ESTOY FLOTANDO ./Torres AgueroEd,LA QUE DIBUJA LOS BORDES DE LOS CUERPOS/Grupo ed. Latinoamericano/PASAJE DEL SIGNO/ Ed Vinciguerra/Travesía del Desierto Ed. Vinciguerra.ITINERARIOS Ed Vinciguerra.COTIDIANA el mono armado/2006
Participó en varias antologías POESIA ARG: DE FIN DE SIGLO Ed vinciguerra/Letras De la Conjura ED DUNKEN/Círculo de poesía 2 ed BIANCHI,Elegidos 2003 Ed ARIES, Círculo de poesía 4 EdBianchi,/ Poesia arg.Contemporánea /EdFUNDACIÓN ARGENTINA PARA LA POESÍA/ANTología Premio Valle de Elqui(Centro Cultural Gabriela Mistral)
Participo en congresos en Méjico,cuba ,Uruguay ,Argentina, chile.
Fue publicada en diarios y revistas ,sus poemas fueron traducidos al francés por el lingüista
canadiense Pierre Leon.
Primer premio de poesia /2003 ./Instituto cultural latinoamericano Ed aries
Primera mencion especial /2004 revista spaciarte
Mención de honor letras de fuego
Finalista e incorporada ala antologia Premio valle de Elqui/2004
Finalista Mis escritos.com/2005
Publicados poemas suyos En el diario La Estrella de Panamá /2005
Artículo sobre ella en la revista "Escribir y publicar" No.41/ españa/2005
Ha sido invitada a leer en numerosos lugares de argentina.
grawen@fibertel.com.ar

MARIO DUX CASTEL

Hospital

Me habló de la falla mental, del origen de la locura, del desvarío
alcohólico, del verso que pintó en una celda, me habló de las
mujeres amarillas, de las mujeres sin labios, sin orejas,
sin tacones, sin dedos y con jaulas donde guardan ojos, me dijo:
Dios es un secuestro, me preguntó: ¿Tú también eres un accidente?.

1

Dos veces pinté el mismo cuadro, revelé diez fotografías de un
mar sin sol, he nacido 1002 veces con la misma ropa, con el
mismo nervioso mirar, he sido el mismo accidente.

2

Soy tu jarrón sin agua, soy botella, soy voces agazapadas para
llover en la niebla, en el cristal, soy un cabello al cual no se puede
extirpar, un cuadro de Mondriaan, una canción sin vestido, un cuervo,
un vehículo que atropella el mar…

3

Mis manos tropiezan con tus besos, de mi camisa caen amarillos
dolores de verte sentada en mi cabeza.

4

Estás drogada y sin zapatos en el polvo del adiós, cae con el
avión al mar, con el lápiz al dibujo, cae al púrpura rugir de mi mano.
Quiero ser espuma, bote de basura, rencor para tu café, para tu
ropa orgasmo de flores, camisa de lágrimas, tus pies en mi boca
son bendición.

“29 POEMAS DE UN NOVIEMBRE QUE SE ROMPIÒ”

1

Del cabello roto,
de su imagen: olvido.
Ella ve de rojo,
yo de morado.
Estamos odiando el siglo,
con su peluca y su mentir sin rasurar.
En el centro de la rabia más nerviosa, estamos todos.
Ella ve de rojo, yo de morado,
ella y su cabello roto
caracoles en la madrugada.
Ella y su gato,
ella y su cabello roto,
ella volviendo por la luz
y su cabeza girando después del atropello…

2

Llorando estrellas
su cabello roto,
su canción risueña.

3

Sus pupilas
ejercen
la fuerza del sol.
Estar perdido, estar soñando
con el unicornio que lleva en el dedo.

4

La noche alarmada
El tiempo esculpe su tragedia
Dios nos ama
El mar: mi obsesión
con ella en la boca.

5

Su familiaridad con la noche
Su ruido de cabeza
Su frente con flores
Su unicornio
Su voz enredada en el humo
Cigarrillo y canciones
vestida de nubes
con el último respirar del fuego.

6

El estallido del color en la esfera de tus ojos,
donde me reflejo, con el mar en las manos.

7

Cielo de vidrio,

duraznos en la boca,
silencio: ¡que suene el estallido de nuestro
cuerpo, en el bendito amor!

8

Viajé por el ritmo del pensamiento,
ella vuelve calor
el paisaje, resolviendo
la herida: Un beso de sus dedos.

9

Habla y fuma,
sonríe y llueve,
su boca, fiel constelación
vértigo, vértigo, vértigo…

10

No me sabe decir amor:
lo vive, lo huele, lo piensa,
lo atropella, sexo en su mirar.

11

Su mundo: violencia,
su teatro, su ropa,
son símbolos del siglo agonizante,
yo: su vacío.

12

Si, me viajo en sus pupilas,
en sus pestañas,
en la ruina de su falla mental.

13

Sus guantes
Sus abrigos
Sus despedidas
Sus abatares
Sus hilos mentales
son el puente al vacío,
ciudad, ciudad, ciudad, noche, noche, noche…

14

Sus guantes tienen prisa de mi piel,
di la espalda besando su rostro en una noche de jazz.

15

Te observo y disparas
una flor creciendo en el asesinato.

16

Rompió su cabello
con el silencio,
su respira
contra el mar.

17
Mental, metal, su voz: emergencia,
se cae el cielo, el agua repta por sus brazos
silencio, el agonizar en la flor
de Noviembre, el estallido en Diciembre,
el ojo de su enfermedad me vuelve piedra,
sus reptiles, sus pensamientos,
su sistema solar, sin poesía.
El mundo de rodillas espanta,
cúrate que su cabellera cobra vida:
cuando miente, cuando vomita estelas de venas
sin latir, enferma, enferma.
Sus edificios en mi día
de manos cruzadas, de mi ignorante corazón.
Somos hijos de la nube, de Electra, de Edipo.
De noche es virgen automática,
de sirenas en las uñas y abejas en los huesos.
Ella tiembla por él, ella taladra los muros en una lluviosa noche.
Un huerto de culebras en su almohada.
Y desea un hermano en su cama,
con saliva en los dedos
y se da vuelta el mar
donde un vehículo arrolla el color de sus pupilas.

18
Camina mujer, que dios –espectador de tu traición diseñada en una PC-,
convertirá en sal los versos.

19
Te volviste rojo,
yo soy arco iris
mental de tu pena.

20
El vacío y débil:
yo.
Tú: la ruina de ti misma.

21
Come mariposas
su revólver estalla:
¡corazón!.

22
La mirada en el aire,
niña frágil, de nadie,
eres mía de noche
niña de origen agua,
los astros en tu cabello

el sabor de tus dedos
cuando mi boca juega con tus uñas en un café.
Los espejos erizan sus pupilas
cuando los tocan tus pestañas,
parpadea el sol,
de mi mente: no sabes nada,
solo el mensaje eléctrico de decir: “Te amo”
aunque seas muralla.

23

Mi memoria se hunde en el bao
de tus besos,
soy tan absurdo, que sonrío en tus rodillas.

24

No hay hoteles, ni sexo.
El placer de tu rostro
en mis planetas deshabitados.

25

Mejor un pastel:
No un verso
No un vaso
No un temblor
No un cielo
No un tambor
No mi trompeta
No tus manos en mi rostro.

26

Ella: Sueño
Ella: Barco
Ella: Un día
Ella: Un romper de olas.
Un ojo
Un revólver
vértigo, giro, giro, giro, caigo, caigo…

27

Para tu pasión: Un revolver
Para tus besos: Yo
Para no volver: El jazz
Mi trompeta te besa…

28

Si huyes, el mar volverá
con el cabello rojo,
y colgará su pasión en tus piernas.

29

Llegó con sus balas,
habló de la noche
y besamos el amanecer.

Mario Dux Castel. Ciudad de México (1971). Participó en la banda post-Punk «Ninguna me mira» y en la actualidad —junto con Edgar Torres (ex-guitarrista de Corcobado)— dan vida al grupo «Los Vehículos Que Atropellan El Mar» (proyecto cuya idea es dar rienda suelta a su capacidad creadora bajo un concepto original, donde se conjugan la música, la poesía y la experimentación). En el plano literario ha participado con su poesía en la estación de radio Radio Interferencia. Entre 1997 y 1999 participó, asimismo, en el Taller Literario impartido por el poeta californiano Ramón Cuellar Márquez. Dux tiene aún sin publicar tres libros de poemas breves: Nadie nos ve, El sol ya no arde y Los Vehículos Que Atropellan El Mar.

MANUEL MERENCIANO FELIPE

El intruso

Sentí la necesidad de abrir los ojos repentinamente. Todavía turbado entre sueños, sudoroso y agitado, cuando aún parecía pisarme los talones aquel grotesco engendro de la pesadilla, apenas fui capaz de distinguir la hora que las manecillas del reloj de pared, difundiendo vagamente una lívida fluorescencia, se esforzaban en presentar: las tres menos cuarto.

Me encontraba un tanto desorientado al evidenciar que sólo habían transcurrido un par de horas desde que me eché a dormir en el sofá. Yo, en cambio, habría jurado que estaba a punto de amanecer, de irrumpir la luz naciente derramándose alborozada entre las hendiduras de la persiana que guarece el ventanal orientado hacia el Levante, de iniciarse la acostumbrada algarabía de mirlos y gorriones que con su animado canturreo restablecen la fuerza arrebatada a la naturaleza por el mutismo triste y hondo de la noche... Pero no logré discernir más sonido que el recóndito ululato de un búho acompasado por el lejano gañido de los perros. Fue entonces cuando, cercado de penumbras, pensé en la llave del gas, lo que me hizo erguirme con un movimiento súbito, compulsivo.

Sentado ya, un áspero ronquido de Lola, procedente del dormitorio, en la planta superior, me devolvió a la realidad. Aunque en un principio había dudado, ahora estaba casi seguro de que esa noche, antes de acostarme, no había comprobado que la válvula estuviese debidamente cerrada.

Bostecé de forma aparatosa y, amodorrado, con los miembros entumecidos por la incómoda postura mantenida, maltrecho por la extenuante carrera de aquella pesadilla disparatada..., titubeé antes de levantarme definitivamente. Traté de evocar todas mis maniobras desde que llegué hasta que me tendí sobre el sofá, viniéndome a la memoria mi figura, agazapada bajo la encimera de la cocina, dando un giro de noventa grados a la llave hasta encontrar con exactitud el tope que confirmaba su cierre. Sin embargo, también era factible que esa escena correspondiera a la noche anterior o, quizá, a algún instante vivido varios días atrás.

Me incorporé con mucho cuidado, procurando no hacer ruidos que pudieran despertar a Lola de su sueño siempre profundo y reconfortante. Si ella me sorprendía revisando el dispositivo del gas, posiblemente me tomaría por un maniático terco e incorregible, incapaz de dominar esas pequeñas obsesiones cotidianas tan extravagantes a los ojos de los demás. Y es que, en numerosas

ocasiones, me he levantado hasta cinco o seis veces a lo largo de la noche para cerciorarme de que todo estaba oportunamente cerrado o apagado; aunque, en realidad, Lola nunca ha llegado a percatarse. Yo reconozco que soy bastante meticuloso, a veces irritantemente meticuloso, en lo referido al tema de la seguridad; por eso suelo dormir en el sofá, para estar alerta por si algún maleante pretende entrar forzando la puerta o las ventanas de la planta baja, donde no encontraría demasiadas dificultades al no haber rejas. Siendo razonable, Lola debería comprender que mi manera de actuar obedece a un instinto natural de defensa, porque no quiero que nada le ocurra ni nadie perturbe la serenidad en nuestro hogar. Ella, su alma, su juventud, su pureza, es lo único que da sentido a mi vida.

La temperatura se me antojaba cálida, blanda, sumamente agradable aun habiéndome desprendido de la manta con la que había estado arropado, la utilizada por Lola cuando da alguna cabezada a la hora de la siesta. Me mantuve durante unos segundos completamente inmóvil, como una estatua, al detectar una pausa en sus ronquidos y percibir desde abajo que se daba la vuelta en la cama. En el momento en el que su respiración empezó a emitir un agudo silbido, bastante latoso mas no tan exasperante como el murmullo bronco anterior, me encaminé sigilosamente hacia la puerta de la cocina. La oscuridad era absoluta, pero la costumbre me había hecho aprender a deambular con pisadas lentas sin tropezar con ningún obstáculo. Al tercer paso, sonó, tal y como yo estaba temiendo, un crujido originado en la articulación de mi rodilla derecha. Volví a parar en seco, resistiendo inerte con el tronco ligeramente inclinado hacia delante y apoyando mi peso íntegramente sobre la superficie plantar del pie izquierdo, dejando el otro suspendido en el aire. Transcurridos unos instantes, Lola no parecía haberse inmutado y pude continuar avanzando.

Tras franquear la puerta, encendí la lámpara de la campana extractora de humos. Cuarenta vatios no es gran cosa; con todo, la iluminación me resultó excesiva e incluso molesta. Abrí el armario donde se encuentra la llave del gas y, en cuclillas, pude cotejar que efectivamente estaba en posición de cierre, perpendicular al eje de la conducción. Me lo repetí muy bajito varias veces, de tal suerte que si unas horas más tarde volvía a despertar asaltado por la misma duda, tendría claro que esa noche la verificación había sido efectuada.

Desvelado, proseguí asegurándome de que el horno, el calentador, la lavadora y la estufa estaban desconectados, e hice lo mismo con la plancha en el cuarto ropero contiguo al salón comedor. Yo sé que a esas horas de la madrugada mi comportamiento parece excéntrico, pero es un hecho bien conocido que la electricidad puede acarrear graves disgustos, especialmente durante la engañosa quietud de la noche. Una tentación incontenible que bullía en mi interior me

arrastró nuevamente hasta la llave del gas. Consideré que sería una estupidez volver a tantearla, aunque tampoco perdí nada haciéndolo, por si las moscas... Empezaba a ser consciente de que mi delirio por Lola, por mimarla y protegerla, podía estar acercándome peligrosamente al borde de la enajenación; pero ese entendimiento, esa capacidad de introspección, también significaba un buen síntoma de equilibrio, de dominio de los sentimientos y las emociones, al menos por ahora.

Me disponía a subir al dormitorio para convencerme de que todo lo que rodeaba a Lola conservaba el orden, la armonía, que ella merece; para inhalar una vez más hasta la médula de mis huesos el delicado aroma a azahar de su perfume; para abrigarla de ternura depositando el inocente roce de mi mirada sobre la piel inmaculada de su cuerpo límpido y desnudo..., cuando oí un ruido emanado del exterior. Me pareció un chirrido metálico, seco y breve, que, rasgando el silencioso beso de la noche, resultaba estrepitoso. Enseguida pensé en alguna trastada de Minerva, la gata, pues el buen animal, con la arribada del clima tibio en los albores de la primavera, duerme ya en la cesta acomodada bajo el porche de acceso a la vivienda. Si bien..., lo de dormir Minerva por las noches es un decir, porque suele pasarlas correteando de un lado a otro por el jardín, acechando con su instinto felino la presencia de cualquier reptil o roedor que pueda convertir en su presa. Sin embargo..., ¿y si no era así?..., ¿y si alguien merodeaba por los alrededores?

Con cierta angustia me dije que esa noche podían haberse quedado abiertos los portones del jardín. Recordé entonces cómo, al entrar, tuve la preocupante sensación de ser vigilado desde las sombras en aquella atmósfera turbia de cuarto menguante, y, asustado, había encajado la verja aceleradamente, dando con torpeza las dos vueltas de rigor a la llave. Pero tal vez —volví a conjeturar— esa última evocación atañía a cualquier otra ocasión, cualquier otra vivencia o, simplemente, a un sueño indeterminado.

Reflexioné, indeciso, sobre la mejor forma de proceder. Me invadieron reparos y temores, ya que aún faltaba una eternidad para que despuntara el día y poseía la certeza de que sería imposible pegar ojo si no averiguaba antes en qué situación se encontraba la cancela.

Tras observar durante unos segundos a través de la mirilla, abrí la puerta principal de la casa y me asomé prudentemente al exterior. No quise atrancarla a mis espaldas para evitar que el golpe incomodara a Lola, de modo que la fui entornando suavemente. Una bruma densa descendía con aparente languidez y desde el umbral apenas podía distinguir nada que estuviera tres metros más allá de mis narices. Curiosamente, Minerva dormía con placidez, no habiendo en el jardín más vida en movimiento que el sutil balanceo de las ramas

de los árboles acariciadas por un viento mesurado proveniente del sur. Bajé los escalones y me encontré sobre la senda de piedra caliza que recorre el prado de césped comunicando la vivienda con la verja exterior. Anduve hasta ella mirando hacia atrás de reojo, receloso por no haber dejado totalmente ocluida la puerta de la casa. Aproveché el trayecto para echar un vistazo urgente alrededor de los castaños que emergen con solemnidad en las cercanías de la valla y escudriñé el hueco que queda entre la barbacoa de obra y el seto de cipreses. Sentía un pánico irracional, inevitable en cuanto surgen las tinieblas desfigurando la blanca hechura de la luna. Corroboré que la entrada del jardín estaba convenientemente cerrada y retorné a pasos ligeros, alarmado ante la posibilidad de que alguien, escondido tras la tupida vegetación, velado por aquella niebla cómplice, me estuviera siguiendo o espiando.

Sobrecogido, tuve la impresión de que la puerta de casa no se encontraba como yo la había situado y se hallaba entreabierta varios centímetros más, invitándome a las sospechas y al miedo. Minerva continuaba sesteando, hecha un ovillo en brazos de Morfeo, luego no debía de haber sido ella quien la empujara. Ya en el interior, latiéndome el corazón con una violencia que empezaba a hacerme daño, cerré, otra vez con cautela para mitigar al máximo el ineludible chasquido que pudiera sobresaltar a Lola. Azorado, fui a echar la llave por dentro, pero enseguida deduje que sería una necedad hacerlo: si alguien hubiera accedido a la casa mientras yo me encontraba fuera, convendría lograr salir rápidamente de allí para huir o pedir auxilio.

En el vestíbulo tomé aire varias veces, tratando de sosegarme y mantenerme atento. Si algo le ocurría a Lola..., jamás me lo perdonaría. Ella es una mujer fascinante, la más sublime que en ningún tiempo nadie pueda imaginar. Ella es lo que más amo y he venerado.

Calculé minuciosamente el itinerario de inspección más seguro para, sin perturbarla, intentar descubrir al posible intruso; aunque en el fondo, reconociéndome como un ridículo miedica, presumía que no habría ningún extraño dentro de la casa. En cualquier caso, me reprendí a mí mismo por haberla abandonado durante un buen rato y prometí que esto no volvería a ocurrir.

Encendí la pequeña linterna que invariablemente, por la noche, llevo conmigo y aferré el cuchillo más grande que encontré en la cocina. Irrumpí de nuevo en el cuarto ropero, donde todo estaba tal como se había quedado unos minutos antes. Después, en el salón, alumbré detrás de las cortinas y debajo de la mesa del comedor. Por último accedí al garaje y, agachado, busqué entre las ruedas del coche, no viendo nada anormal.

Cuando me alzaba, creí advertir unos sonecillos tenues, en esta ocasión en la planta de arriba. Agucé el oído y mi inquietud se tornó

estremecimiento, ya que Lola seguía roncando y no podía ser la causante del susurro que, sin duda alguna, correspondía a unos pasos disimulados en la proximidad de la alcoba donde ella dormía. Temblando, tanteé con los dedos el teléfono móvil colgado, junto a mi cadera, de la correa del pantalón. En cuanto viera a alguien, avisaría a la Policía, pero antes debía asegurarme y defender a Lola si era necesario.

Los pasos cesaron y apagué la linterna. La esencia imprecisa de la noche se apoderó nuevamente de la morada desparramando un silencio lóbrego y desconsolado, quebrado cadenciosamente por los estertores que expelía Lola mientras dormitaba.

Aterrado, conteniendo las ganas de orinar, permanecí quieto tras la puerta que separa el garaje de la cocina, desde donde pude apreciar, entre las bisagras, el destello amenazante de otra linterna que descendía pausadamente, peldaño a peldaño, las escaleras. Oprimí el mango del cuchillo con energía y dejé de respirar; no quería que el más etéreo rumor delatara mi escondrijo.

La luz recorrió metro a metro el recinto de la cocina acompañando a los movimientos callados que, ahora, podía diferenciar con toda claridad. Finalmente la puerta fue abriéndose hacia mí bajo un impulso perezoso y uniforme, al tiempo que sentía cómo me ahogaba el calor húmedo, hediondo, de un aliento anónimo. Aguanté en mi posición y rogué a Dios que nos asistiera, hasta que la madera rozó la punta de mis zapatos; entonces me retiré de un salto y enfoqué directamente la cara de aquel desconocido. Él no tuvo la oportunidad de elevar hacia mí su linterna; cuando quiso hacerlo, yo ya le había introducido el cuchillo en la garganta. Emitió un lamento tan desagradable que me encolerizó. El muy insensato, con su bramido, podía haber interrumpido los dulces ensueños de Lola. Indignado, extraje del cuello el arma afilada y le asesté un golpe rabioso en el pecho. El cuchillo rebotó al topar con una costilla, pero al segundo intento lo hundí casi hasta el fondo; supongo que en el mismo corazón, porque se desplomó enteramente a mis pies de una forma tan brusca y desoladora que parecía haber sido fulminado por un rayo.

Lola llegaba en ese mismo instante. Las lámparas de cada estancia habían ido encendiéndose a medida que se aproximaba. Me sentí excitado, con el alma iluminada, como siempre que noto cercana su presencia. Al sorprendernos, la expresión enloquecida que adoptó no le restó encanto a su hermosura.

—¡Pepe! —exclamó al ver a aquel hombre recostado en posición fetal sobre un charco de sangre—. ¿Quién es usted? —balbució atragantada, la voz rota, mirándome fugazmente sus ojos de espanto antes de echar a correr hacia la puerta.

Estas últimas noches me invade la más henchida melancolía.

Transitando con el coche disimuladamente he visto una patrulla de la Guardia Civil delante de su casa. Suelo pasar de largo saludándolos con una sonrisa bondadosa, aunque a veces no puedo evitar ese condenado tic que me arquea irremediablemente una ceja. Los agentes siempre responden con un gesto servicial, hasta cierto punto arrogante, llevándose los dedos hacia la visera de la gorra. Su amparo me tranquiliza… Pero sé que más pronto o más tarde dejarán de vigilar. Entonces, yo volveré a hacerme cargo. Si algo le sucediera a Lola…, nunca me lo perdonaría.

Manuel Merenciano Felipe nace en 1960, en Elche de la Sierra (Albacete). Licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad de Valencia, es profesor de Procesos Diagnósticos Clínicos y Ortoprotésicos en el Instituto de Formación Profesional Superior Ausiàs March. Actualmente reside en la localidad de L'Eliana (Valencia).

Comenzó a escribir en 2004, siendo premiado en diversos certámenes literarios, como el Premio Nacional "Los cuentos de La Granja" (2005), los Premios Literarios "Villa de Jérica" (2005) o el Certamen de Relatos "Escrits a la tardor" (2004). Ha resultado finalista en numerosos concursos de cuentos ("Manuel Llano", "Ayuntamiento de Benferri", "Ciudad de Elda", "CEPSA-La Razón", "Diario de León", "Los Molinos", "Max Aub" en su modalidad comarcal…). Sus relatos han aparecido publicados en diferentes antologías y revistas: Ámbar (Filandón. León, 2004), La taza de té (La Razón. Madrid, 2005), El intruso (Ed.: Ayuntamiento de L'Eliana, 2005), Un vecino abnegado (Asociación Cultural Canónigos, La Granja de San Ildefonso, 2006), Solaz (C30 Cuentos para la espera. Sevilla, 2006). En la Red ha publicado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Almiar (Margen Cero), Palabras Diversas, Ediciones Gollarín, Treintacuentos…

manumeren@yahoo.es

CARLOS ZERPA

Todos van de negro
Apuntes sobre un Performance del Black Market
A partir de cierto punto no hay retorno
Ese es el punto que hay que alcanzar.
Kafka

La fuente a la entrada de la casa, con su gran ostra y sus dos fieros leones, está llena de espuma, alguien le puso jabón al agua y batió y batió el agua para producir muchísima espuma, la cual se desbordo y se precipitó sobre el pasto.

Son las 7 y 30 minutos de la noche, de un día miércoles 11 de Julio, estamos en la bellísima «Casa del Tiempo» en Chapultepec, el lugar de los grillos.

En la baranda que está sobre dicha fuente, hay un grupo de performancistas asomados por el bacón, codo con codo, todos van de negro, hablan entre ellos, parecen esculturas vivientes... de pronto se separan y se dispersan, cada uno va a lo suyo, cada uno se dirige a un espacio dentro de la casa, unos se van al fondo, a la segunda sala, al segundo cuarto, otros a la sala, otros bajan las escaleras hacia nosotros y otros se quedan en el bacón... vienen de Irlanda, de México, de Singapur, de Alemania y de Suiza, no son ningunos novatos en estas lides, son muy profesionales, sus edades oscilan entre los 35, 42, 54 y 60 años... las canas pintan el aire, ellos son los del grupo internacional de performance art «Black Market», nosotros somos su público y el performance en si ha comenzado.

Uno de ellos trae sobre la baranda a un hermoso gallo dorado, rojo y negro, le lee en voz alta un libro en alemán, el gallo escucha y come su maíz en un plato blanco, me recuerda a Joseph Beuys enseñándole también arte contemporáneo a una liebre muerta, sin duda que ambos provienen de la misma escuela..., otro de ellos está parado frente a una mesita sobre la grama, a la entrada del jardín frontal, todo de negro, con capucha y pasamontañas, no se le ve la cara, y ahí estará durante todo el evento, inmutable, impávido; sobre la mesita hay unas fotocopias y fotografías sostenidas por piedras redondas... En el balcón, de espaldas, la única mujer del grupo, lanza sobre su hombro cual sedal de pesca, largos hilos negros y rojos, los cuales van a caer en la espuma de la fuente, luego los recoge y repite y repite la acción una y otra vez hasta la náusea... Dentro de la casa está un hombre asiático, golpeando con una larga vara el piso de madera, luego se sube a una mesa y escupe una a una muchas canicas que rebotan en el piso y que son atrapadas por los espectadores, luego lanza con fuerza pelotas que rebotan y dan contra el techo y contra el publico..., en esa

misma sala hay dos varas largas que casi llegan al techo, como chop sticks tienen en su punta a una rata negra de plástico, ¿alusión al sushi?, un cochinito rosado y mecánico, un cerdito de juguete operado por baterías, hala con un hilo rojo y con mucho esfuerzo a un autobusito por el piso..., el performer ahora aparece con dos tobos, con dos cubetas metálicas, corta con una tijera telas con las que cubre las cubetas de aluminio, una con un cuadrado de tela negra y otra con un cuadrado de tela blanca, nosotros no sabemos lo que hay dentro de cada cubeta.

En la otra sala hay uno de ellos parado, estático, mirando hacia el muro, sosteniendo un envoltorio sobre su hombro derecho y su cabeza, de vez en vez cambia de hombro para sostenerlo o hace sonar su contenido como una gran maraca o un palo de lluvia, en el piso de ésta sala hay un circulo hecho por guantes de invierno, guantes tejidos de lana, rojos, negros y blancos, son guantes para niños los cuales están sostenidos con piedras redondas…, en el medio del circulo hay panes campesinos y uno de ellos tiene clavado un cuchillo, casi no se puede respirar pues un fuerte olor acre invade el lugar; al fondo está otro de ellos sentado a la mesa, el cual se cubre toda la cabeza con scotch adhesivo, cinta doble cara, doble faz, parece una cabeza de momia, saca entonces de un bolso muchos ojos recortados, de revistas y catálogos, los saca y se los pega en la cara y en el resto de la cabeza, ahora es un monstruo multiojos, que te miran y que miran en todas direcciones a la vez, se pone en pie y atraviesa entre el numerosísimo publico asistente, dirigiéndose a la sala principal.

El performer que sostiene el bulto sobre sus hombros también ha atravesado la sala, más aún, ha bajado las escaleras y se dirige hacia el jardín, pasa sobre la espuma de la fuente que ya ha invadido los primeros escalones y se detiene justo detrás del hombre-escultura con el pasamontañas en el jardín, vacía entonces sobre el pasto el enigmático contenido de su gran paquete-maraca, son cientos de chapas, tapas, corcholatas de coca cola, las cuales caen sobre la grama, él ahora se da a la tarea de ordenarlas creando un dibujo, todas muestran ahora el «trade mark» y él hace apuntes en una libreta de mano, aunque en verdad lo que hace es un dibujo del paisaje que él ve desde su punto de vista, la reja de entrada y la calle... el hombre del pasamontañas sigue ahí inmóvil.

La mujer del bacón prosigue con su aburrido quehacer, ahora hace bolas de papel higiénico y agua, las amarra con hilo rojo y las lanza contra el muro o contra el techito tragaluz de la entrada, ella viste también de negro como su largo cabello, pero sus zapatos son rojos como el hilo que usa.

Dentro de la sala el performer libera del pesado trabajo al cerdito-Sísifo y toma él la responsabilidad de halar el pequeño autobús,

amarra entonces un largo hilo rojo al autobusito y el otro extremo lo ata a su oreja izquierda, la cual también cubre por completo con cinta adhesiva transparente..., camina entonces halando el pequeño juguete con su propia oreja, la cuerda se tensa y semeja a la de una guitarra y él con sus dedos le saca música, punteando sobre ella con la punta de sus dedos. Un altoparlante desde el comienzo de la acción y hasta el final de la misma estará emitiendo sonidos de la ciudad, sonidos urbanos, voces en alemán y ruidos.

El hombre del gallo entra en la sala y pone al animal sobre la mesa, ya no le lee pasajes del libro, si no que pone también al cochinito rosado sobre la mesa y hace que camine hacia el gallo o atraviese entre las patas de éste, el gallo además de picotear el maíz ahora picotea también al cerdito..., llega ahora un hombre de la calle, viene arrastrando un par de pesadas maletas, es su equipaje, pide permiso en inglés y alemán para poder abrirse paso entre la multitud, a duras penas logra atravesar las salas y desaparece en el fondo; el performer multiojos aparece con un péndulo de bronce entre sus dedos y persigue lentamente al autobusito de juguete, copia fiel del autobús que está estacionado en la calle y que los transporta, él intenta que el péndulo flote encima del pequeño autobús, intentando que el péndulo esté siempre sobre él... por un momento y accidentalmente pisa el hilo que colgaba detrás del juguete, el hombre que lo lleva con la oreja lo hala, el autobús queda entonces suspendido en el espacio flotando entre dos hilos tensos, gira entonces sobre si mismo cual molinete, el péndulo esta a pocos milímetros sobre el remolino y se produce un momento en verdad muy mágico.

El performer de las corcholatas ya está de vuelta en la sala, tiene ahora los ojos vendados con una cinta negra y trae puesto un casco protector con visor transparente, es uno de estos que utilizan quienes hacen soldaduras de metales para proteger sus ojos, trae cual bastón de ciego un palo de golf, atraviesa la sala con una mano adelante, tanteando el aire, en su invidente caminar, con el palo de golf suena el piso, golpea el piso con un toc, toc, toc de ciego.

Justo en ese instante una voz se alza en el altoparlante, dice algo fuerte en alemán, el multiojos se retira al fondo de la sala y regresa a su mesa, comienza entonces a quitarse con una tijera larga la cinta adhesiva de su cabeza, la corta y se la despega, el hombre de las pesadas maletas reaparece, esta vez viste un traje y va de corbata roja, se dirige a la mesa de la sala principal, el hombre que halaba el carrito con un hilo de su oreja esta ahora sentado en una silla y a la mesa, sobre ella hay un platón hondo de aluminio, el otro performer de corbata roja se dispone a cortarle el cabello con unas diminutas tijeras, del fondo de la sala y con mucho esfuerzo viene un performer desnudo, parcialmente cubierto por un plástico transparente adhesivo,

envuelto en esta película plástica para alimentos, de envoplast, de su boca salen dos tubos transparentes que van hacia las dos cubetas que él transporta, esas dos mangueras entran al agua jabonosa que transporta en las cubetas, él las lleva en sus manos, son pesadas, es un lento y penoso caminar, al respirar por las mangueras el aire va al agua jabonosa y produce espuma, la espuma de jabón sobresale de las cubetas y se adhiere a la piel cubierta de plástico de sus piernas, resbala y cae al piso, él va dejando a su paso, cual babosa, una estela, un rastro de bombas de jabón, en su fatigado y lento caminar este performer no solo atraviesa a duras penas las salas, si no que sale al jardín y luego a la calle... El hombre que corta el cabello del otro consulta en su diccionario de bolsillo, en su diccionario alemán-español, escribe luego una palabra con un marcador negro sobre una hoja de papel blanca, escribe la palabra «barbero» y se la pega al traje, luego consulta de nuevo al libro, escribe sobre otra hoja y se la adhiere al traje... la nueva palabra es «asesino», continua cortando el abundante cabello del hombre de Singapur y lo pone sobre el plato plateado, la cual se va llenando de pelos..., el performer de la otrora cabeza de ojos aparece, pero esta vez viene de regreso con unos anteojos extraños y una cinta roja que cae por la comisura de sus labios, esta cinta roja cae por lado y lado de su boca cual bigote Chino, cual sangre de vampiro, él ve como su compañero esta siendo afeitado y se regresa raudo a su mesa, toma sus largas tijeras y camina hacia el barbero asesino, se para detrás de él y comienza también a cortarle el cabello, el afeitador afeitado, el plato ahora tiene cabellos negros y cabellos rubios, cambian los puestos y los papeles, el performer de Singapur ya rapado se pone de pie, el barbero se sienta para que continúen afeitándolo, pero únicamente le cortan el cabello del frente y el de arriba, dejándole cual calvo los pelos laterales y el de atrás, el performer que se ha puesto en pie, el hombre de Singapur toma todo su cabello negro del plato y se lo pega a la cara con cinta adhesiva, ahora tiene toda la cara cubierta de pelos, tiene una mascara de pelos, es el hombre lobo, ahora saca de cada cubeta un corazón real, no sé si de cerdo, de cabra o de vaca..., toma cada uno en cada mano, pone un cayado sobre sus hombros y se apoya en el cómo si estuviese crucificado, amarra en cada punta cual banderas, la tela negra en una punta y la tela blanca en la otra punta de la madera, amarra cada cubeta con una cuerda amarilla a sus tobillos y camina arrastrándolos por la sala, produciendo sonidos y ruidos, camina cual Cristo arrastrando su cruz, con sus corazones sangrantes en cada mano, con sus banderas, sus cubetas y su cara peluda.

Regresa el hombre ciego y su palo de golf, regresa a tientas, viene ya de vuelta, viene mojado pues le ha echado agua la mujer performancista en un momento de capricho y mala uva, el hombre

desnudo también está de regreso, viene de atravesar la calle y de atravesar el semáforo, ante la mirada curiosa de los transeúntes y la mirada atónita de los policías, se pone de pie el barbero afeitado, quien escucha en un radio reproductor una cinta de quién sabe qué discurso en alemán, el performer de la cinta que cuelga entre sus labios se comienza a transformar en otra cosa, pone papeles de seda en su cintura haciéndose una falda, papeles de china, papeles multicolores, que pone uno al lado de otros también en su cuello y en una cinta de goma en su cabeza, se va transformando en un hombre-piñata, viene hacia nosotros... todo muta, todo se transforma, todo se convierte en otra cosa...

Ya son casi las 10 de la noche, afuera el hombre de Irlanda permanece de pie, inmutable con su pasamontañas, es un guardián-escultura, nosotros que lo vimos al comienzo sabemos que debajo de esa capucha se oculta un hombre de barbas blancas cual San Nicolás.

La luna llena brilla resplandeciente en el cielo, pienso en el hombre lobo, pienso en el performer de la cara cubierta de pelos... auuuuuuuuuuuu, auuuuuuuuuuu, aúllo yo celebrando esta maravillosa noche, el performance colectivo aún no culmina, a lo lejos escucho que alguien contesta mi llamado, alguien regresa mi aullido... auuuuuuuuuu, auuuuuuuuu, quizás sea el hombre lobo de Singapur, sé a ciencia cierta que hay otros lobos en el vecindario... la luna sigue plena.

Una funda con toque "Apache" para mi cuchillo "Randall".

Difícilmente nos imaginamos a Tarzán, o a Rambo sin su cuchillo, de hecho pienso que un buen cuchillo, puede llegar a ser el mejor amigo que se pueda tener en la vida… y yo de hecho tenia el mío, el cual me acompañaba a todas partes, digo tenía, porque ya no lo tengo… Ya no tengo el cuchillo pero sí conservo su funda, una buena vaina hecha a mano por Borjas, el mejor talabartero de San Fernando de Apure.

El señor José Borjas fue quien le hizo la funda a mi cuchillo, se tardó muchísimo, yo diría que se tardó mas de lo normal, se tardó seis meses en hacerla, se tardó siglos en realizarla, pero el resultado fue sorprendente, largos flecos de cuero la adornaban, grecas bordadas en mostacillas blancas, azules y rojas le conferían un toque "Apache", un repujado en bajo y alto relieve con la figura de un hombre desnudo con el pene erecto que perseguía a una gallina, la cual huía desesperada… Una belleza de funda, realizada en suela y cueros curtidos de res y de cabrito, con mechones a los lados de crin de caballo.

El día en que el señor Borjas me trajo la funda para mi cuchillo, quedé boquiabierto y de no ser tan hombre como soy, pues casi dejaba que una lagrima se escapara de mi ojo derecho… Pero al darme cuenta, rápidamente dije cantando: "No estoy triste, no es el llanto, es el humo del cigarrillo que me hace llorar…" Aunque nadie en ese momento estaba fumando. Bueno y que coño, casi lloro, pero no vertía mis lágrimas por la funda, si no por el cuchillo de acero que ya no tenía.

Mi cuchillo era de acero inoxidable, afilado y pulido cual espejo, con su empuñadura de blanco nácar envuelta en tiras de cuero negro y con una inscripción en su hoja que decía, "¿Yo Si y Que?"… Medía su afiladísima hoja 35 Cms. Era casi un machete. Digo afiladísima hoja, pues yo mismo con una piedra de río, lo había afilado noche tras noche, hasta hacerlo parecer una navaja de barbero y poderlo así mover en el espacio como una saeta… pudiendo cortar con él un pelo púbico en el aire, lo tenía tan extremadamente afilado para que pudiera cortar ropa gruesa, haciendo los golpes más efectivos. Un cuchillo de doble filo para poder utilizar movimientos inversos o de vuelta y hacer los giros de 180 grados más eficientemente cual guerrero Ninja… Bueno ese era mi mojón mental, eso era lo que yo mismo me decía cada noche al limpiarlo, pulirlo y sacarle filo, para luego guardarlo cuidadosamente envuelto, como arropado en una cobijita de gamuza gris o en una piel de conejo silvestre, porque en verdad NO tenía funda para mi cuchillo.

Un primero de Enero para comenzar el año con buen pie, le mandé a hacer su funda con el mejor talabartero de Apure, fue una buena decisión que me costó unos buenos reales, pero el cuchillo se la merecía, pues era mi compañero de todos los días.

Hay unos datos que considero importantes que yo les suministre, para

que entiendan el meollo de esta historia.
En Enero le mandé a hacer la funda al cuchillo.
El cuchillo es lo que técnicamente los entendidos llaman un “Randall”.
En Febrero una noche de Carnaval, justo a media noche y para hacer el relato mas tenebroso…Una noche de luna llena, caminaba yo con unos palos de más por el boulevard de Sabana Grande en Caracas, cuando de pronto de la calle “Pascual Navarro” me salieron de golpe, un par de carajas disfrazadas de vampiras y que a clavarme las uñas, y que a chuparme la sangre, gritando esas coñas vestidas de negro y maquilladas cual Drácula algo como: Uuuuuuuuu, Uuuuuuuuuu, haciendo que mi corazón latiera de culillo a tres mil por hora.
Fue cuando mi “Randall” impregnado en miedo y adrenalina, salió a relucir rápidamente como una centella, haciendo un giro inverso, cortándole el cuello a la primera y alojándose profundamente en el pecho de la segunda, cortando en dos su corazón.
Vi desplomarse los cuerpos a mis pies, me quedé entonces unos segundos inmóvil presenciando los “Estertores agónicos”, me acerqué luego a uno de los cadáveres a retirar mi arma blanca, pero no pude despegar el cuchillo atorado en ese pecho, quizás por que se clavó también en la columna vertebral.
Así que con el mayor dolor de mi vida tuve que dejarlo clavado en esa mujer que yacía junto a la otra sobre charcos de su propia sangre.
No hubo despedidas, sabía que era un adiós, no volteé la cara al marchar, tan solo caminé retirándome del lugar, sabiendo que mi cuchillo había desaparecido en acción como los bravos guerreros suelen hacer y que nunca más lo volvería a ver.
En Julio del mismo año el señor Borjas me trajo la funda para mi cuchillo, pero no le pude decir nada, no pude contarle que ya no lo tenía…
Como ya les dije, “Un buen cuchillo, puede llegar a ser el mejor amigo que se pueda tener en la vida…” Ahora he puesto la funda bajo de mi almohada y de tan solo verla siento tristeza al recordar a mi compañero, TRISTEZA DE HOMBRE… CARAJO, pero tristeza al fin.

FRANCISCO ANTONIO RUIZ CABALLERO : Sevillano, Advertencia Barroca al Presidente de Francia.

Dos setas prácticamente iguales. Tricholoma Flavovirens y Tricholoma Sulphureum. Sosias amarillos totalmente indistinguibles. Hermanos gemelares del Reino botánico. Por un mínimo detalle, nota de piano que no aparece en la partitura original, la copia lasciva y perfecta, espanto curvo de feroces dientes, negra rosa y asfodelo amarillo, horada y devasta como gusano rabioso el hígado. Dorados ángeles de belleza áurea, indistinguibles en su hermosura arcangélica, y oculto satán tras el espejo. Anillo que esconde la dioxina bajo un ámbar fulgente. Gemelo esquizofrénico y gemelo cuerdo, el uno proyecto de víbora, el otro, Jesús comestible, blando y delicioso como Eucaristía sublime. Rabiosos amarillos sedosos, sombrerillos gualdas que brillan estridentes, oro que fulge como la orilla de un río, trozos de la bandera española, delicia para paladares exclusivos y basidiomiceto criminal, estática pantera inanimada, psicodélicamente coloreada, partitura en negativo de pentagrama maligno, reflejo mortal de mariposas amables, e insecto repulsivo antítesis de su molde bondadoso.

En el cuadro original, el muchacho desnudo, exquisito narciso estremecido, arpa y clave de dulcísimos y amarillos timbres, tiene un anillo azul en el que el atardecer se asoma como una libélula a un junco. En la copia, el exuberante Apolo, aunque toca la misma melodía de esmeriladas trompetas carmesíes, tiene por anillo un jade rojo, con el toque de los bermellones sanguinarios. Los ojos son distintos, tienen matices diferentes, en la copia una furia malvada reposa en la mirada del Dios Apolo tal una araña de azufre. La firma del autor también es asimétrica, en el original hay una misericordia de campanitas tristes, azules y vegetales, la copia, sin embargo, tiene los rasgos de las letras levemente torcidos de soberbia, como ejecutados bajo sonidos espasmódicos.

El arcángel tiene la dulzura de los melocotones maduros, su reflejo, en cambio, destila, gota a gota, ácido de víbora en cántaros llenos de linfa negra.

Hay un lunar en la tetilla izquierda del impuro que no aparece en el original remoto. Las escenas son prácticamente especulares, sólo las soberbísimas pituitarias de los catadores de vino podrían distinguir el leve toque agrio del piano cuando arpegia la partitura plagiada. ¡¡¡¡Qué vinos tan semejantes y tan distintos¡¡¡¡, el uno con el azúcar de los caballitos rosas de mar, entre gorgonias azules, el otro, con el espanto de los bosques indonesios, en los que las mambas y las cobras

persiguen mordeduras de tigre.
Tricholoma Flavovirens y Tricholoma Sulphureum, dos escenas prácticamente indistinguibles, en una de ellas la noche está aromada con molienda de trigo y harinas panaderas, en la otra la brea y la hulla han asesinado a las rosas.
Hay que distinguir en este plato de suculentos hongos el trozo de espanto que produce el cáncer, aquel trozo de violento amarillo que desatará la hepatitis ictérica. Tomad y comed y elegid bien el pedazo de ponzoña que os llevará al infierno o al paraíso. Plato de setas envenenadas. Original y copia, mezcla de veneno y caricia, ¡¡¡¡ cuidado siempre, Emperadores Romanos¡¡¡¡¡. Billetes falsos. Gotas de rubí durísimo.
Exhausto quedé sobre la arena.
(que no nos den nunca un billete falso)

Anuncios de la Tele

Tratado de Micología Infernal. Pócimas elaboradas de setas venenosas, platos de sinuosas víboras hervidas, malignidad en dosis azucaradas. Oronjas que acumulan daño, desaprensivas y tiernas, agradables al paladar y aciagas como diente de mamba. Negruras ilimitadas bajo sabrosos olores, sabores deliciosos que ocultan puñales históricos, rabiosos como bocas de hidra. Hipócritas manjares preparados por cocineros malignos, ruines hasta el exterminio, deliciosos, sabrosos, riquísimos hasta el empalago, pero feroces y curvos como dagas islámicas melladas. Disfraces de niño que ocultan cocodrilos hidropésicos, en alferecía de criminales intenciones, y ocultos en espléndidos colores, mentiras que entran en el oído tal una música de cascabeles dulces y que esconden, tal extrañas ostras marinas, perlas de cicuta asesina. La Phyllophorus Hidroxanthus, bailando junto a la Amanita Muscaria, en un plato de ostras de Haití, servidas con la untuosidad de los camaleones verdes. Escandalosos paraísos ubérrimos, repletos de fuentes de oro, con mosaicos azules, y rosas cargadas de perfume, y que disimulan la apoteosis de la pantera, escondida entre los palos de Brasil, disimulada por el canto de los ruiseñores, y tela de araña de plata purísima y brillante, taimada cual sabihonda hiena sin sonrisa. Amabilísima señorita de voz dulcísima, bellísima y de corazón híbrido.

El autor ya no puede más. Ha entrado en el fondo de la mina para extraer brillantísimos diamantes, el Pozo estaba lleno de hongos admirables, Oronjas naranjas, Lepistas Azules, Clitopilus ocres, Ramarias maravillosas, pero su esfuerzo no era suficiente, tenía que desollarse las manos para extraer la Cortinaurius, rabiosa como un manojo de bichos, y la profundidad del fondo marino era la de una entidad leviatánica, su lucha era una lucha contra los elementos, y su propia naturaleza la del payaso repugnante, arborescentes ramas cilíndricas se oponían a su paso, extrañas panteras que no existían, demonios que no estaban en ningún lugar de su cabeza se le oponían para entrar en el palacio de los Jades turquesas, y los cisnes azules estaban lejanos de la lira de su lápiz, los colores se resistían , el palacio a edificar era sólo un proyecto en su mente, una sierpe imposible de cazar, difícil como un concierto en clave.

El Suillus Granulatus, regular, liso, convexo, aplanado, de cutícula separable, glutinosa, de tubos amarillentos y poros pequeños, boletal comestible si se despelleja la cutícula, junto a la Inocybe Fastigiata, muscarínica y letal, vomitiva, de olor espermático, lejías feroces y sabores insípidos. Carnaval, rompecabezas, tómbola arquetípica, circo de arcángeles e íncubos, bailarines con máscaras de hielo, crispados de música elegante, atrayentes como zafiros y malos como alucinógenos.

El autor ya no puede más , lo intenta, y lo intenta, está escuchando a una sirena y aún así se le resiste el oro, que escapa de sus dedos como el agua, líquido y brillante de sol, pero imposible de atrapar por él.

Y tras una sonrisa se escondía el veneno.
Con la sensación de haber fracasado terminó de escribir el loco.

LORETO SILVA

El Juramento **22/10/2007**

En recuerdo de Viviana,
desaparecida en Isla Negra,
el verano de 1976.

Juan Carlos estaba sentado sobre una roca, en medio del oleaje que lo salpicaba, encogido, aterido, desde su posición privilegiada veía como los buzos hacían el despliegue táctico para encontrar el cadáver de su amiga. Con el borde de su parka se enjugó la cara, secándose el agua salada y las lagrimas que corrían insistentemente por su rostro. Ese día se cumplían los ocho días legales de búsqueda, si no la encontraban sería una más de los tantos desaparecidos, tragados por las poderosas corrientes submarinas de Isla Negra. La gente observaba desde el borde de la playa, pero, ¿qué playa?, si eso era un roquerío, apenas había un mínimo espacio de arena antes de las rocas adentradas en el mar "playa" que usaban para sentarse a tocar guitarra, que era justamente lo que habían realizado esa noche fatídica.

Corría el verano de 1976, caminaban por la avenida principal cuando vieron a las dos rubias, se presentaron y gracias a que su hermano era un ameno conversador y con experiencia como guía turístico simpatizaron inmediatamente. Ellas deseaban visitar la casa de Neruda, que aunque cerrada se podía ver desde fuera apreciándose su forma artísticamente desestructurada, sus jardines, el bote que tenía anclado en tierra y todo eso. Las citadinas, desenvueltas para su edad y muy risueñas, aceptaron gratamente estos guías gratuitos. A Juan Carlos le agradó inmediatamente la menor Viviana, delgada, ojos color miel, no parecía ser demasiado brillante porque cuando le preguntó por las notas en el colegio puso una cara implorante de ¡Uff! cambia de tema, que le hizo mucha gracia, era lo mismo que habría respondido él, si alguien le hubiese consultado por ello.

El tenía dieciséis años uno más que ella, se veía muy niña tenía la piel tostada por el sol y llevaba un coqueto sombrerito blanco, pese a él entrecerraba los ojos para mirar, pues la luminosidad solar la afectaba. Su prima Natalia, tenía diecisiete y se entretuvo sin problemas con el simpático y locuaz hermano menor. Aprovechando el día tan hermoso, pasearon juntos durante toda la tarde. Cuando se despidieron él les avisó

—vamos a reunirnos hoy por la noche, nos juntamos a las 11p.m. en la playa frente a la casa del vate.

—¿Qué hacen?— preguntaron, a lo cual él se apresuró a contestar —nos reunimos a tocar guitarra y conversar en torno a una fogata—. Viviana intervino —¡pero hay toque de queda! ¿Cómo es posible que puedan salir y hacer una fogata?

—Esto es un caserío aquí toda la gente se conoce las autoridades más cercanas están en San Antonio, estamos hablando de unos veinticinco minutos en auto, no tenemos teléfonos ni oficinas de Gobernación Marítima ni Carabineros y si viene alguien: apagamos la fogata y no nos ven. Así que no hay problema—. Fue la tranquilizadora respuesta de Juan Carlos.
Viviana solía pasar las vacaciones con sus parientes, su madre era viuda y debía trabajar duramente para mantenerla. Con su prima tenían una muy buena relación y su parecido físico hacía que pasaran por hermanas, sus tíos que la querían y trataban como a otra hija la llevaban a todos los paseos.
Cuando las chicas regresaron a casa Viviana pidió permiso para ir a la playa en la noche. Su tío se negó de plano —no, bajo ningún punto de vista— intervino Natalia
—papá nos invitaron a tocar guitarra a la playa y los chicos dicen que aquí el toque de queda no corre.
Pero él no cedió —a mí no me importa que aquí se aplique o no, el hecho concreto es que: Chile está bajo toque de queda y no las voy a exponer a que les den un balazo por estar guitarreando por la noche —. Fue la respuesta tajante y que no admitía replica.
—¡Tío por favor!— rogó Viviana que veía escaparse la posibilidad de ver nuevamente a Juan Carlos.
—¡Ay papá! toda la vida eres tan mañoso no nos dejas hacer nada— contestó Natalia quien no se acostumbraba a ser contradecida.
—Sí, y gracias a eso, porque soy mañoso y estricto están de una pieza, en un buen colegio y educándose como Dios manda.
—¡Oh demonios! es imposible hablar contigo— dijo airadamente, corriendo escaleras arriba hacia su dormitorio y dando un portazo que retumbó en toda la casa. Acostumbraba a hacer ese escándalo cuando en su calidad de hija única su padre no la consentía. Ni hablar de su madre, que había presenciado toda la escena en el más absoluto silencio. Ella y su esposo siempre eran una pared granítica contra la cual chocaban todas sus mañas.
Sin darle mayor importancia al berrinche la tía sirvió la cena para los cuatro, Natalia no bajó a cenar.
—¿Tío le aviso que está servido?— preguntó Viviana, —no cariño, ella sabe a qué hora se cena en esta casa— fue su amorosa respuesta, ambos conversaron con ella agradablemente hasta llegar al postre. Natalia no bajó. Viviana sentía pena, ambas traían mucha hambre y su prima no alcanzó a comer, consultó lo más convincente posible —¿tío puedo llevarle el postre?— pero no le resultó. Él contestó suavemente, pero con firmeza.
—No mi amor, si ella quiere postre que baje a cenar— Viviana los besó en las mejillas y les dio las buenas noches, lamentando que el día tan bonito terminara de ese modo.
Llegó lánguida al dormitorio cerrado, cuando se acercó para golpear la

puerta ésta se abrió rápidamente y de un tirón Natalia la metió al dormitorio hablándole en susurros.
—Quédate callada y escúchame—. La estaba esperando con las camas preparadas abiertas y con cojines puestos de forma tal, que parecía que estaban durmiendo.
—¿Flaquita que estás haciendo?— Natalia cerró las camas y con una sonrisa triunfal le espetó.
—¿No querías ir a la fogata?— Viviana era fácil de convencer por su prima, inocente consultó.
—¿Vamos a ir sin permiso de mi tío?— Natalia la miró como a un bicho raro.
—Pero ¡obvio! no seas tonta, ven acá abriguémonos bien afuera está húmedo y heladísimo—. Viviana totalmente entregada exclamó —¡ay! me da lata sacarme el traje de baño, hace tanto frío—. Natalia, práctica, respondió —el problema es tuyo, es de una pieza si quieres hacer pipí no sé como te las vas a arreglar— contestó riendo sin alzar la voz.
—Oye, pero ¿cómo vamos a hacer para salir sin que nos vean?— preguntó Viviana.
—¡Ah!, tenemos que hacer un show primero, rétame, vamos rétame bien fuerte por mi falta de sensatez—. Captando el mensaje comenzó a sermonearla subiendo el tono de a poco.
—¡Pero! ¿Cómo es posible que tomes esa actitud? lo hacen por cuidarnos— a lo que Natalia contestaba remedándola.
—¿Cómo es posible que sea tan estricto? ¡Nos trata como si fuésemos niñitas!
Viviana continuaba.
—Es que vivimos en Santiago y los riesgos allá no son los mismos de acá no le puedes pedir que cambie su manera de pensar en cinco minutos.
—¡Tú misma lo has dicho no estamos en Santiago sino en un pueblucho donde no hay ni pacos!— Viviana inquirió.
—¿No será que estás idiota porque tienes hambre? Mejor baja a cenar y ya verás mañana será otro día.— Siguieron así durante un rato a gritos destemplados simplemente para hacerse oír en el resto de la casa. Después de concluir el pequeño escándalo se quedaron en silencio y ¡sorpresa! algo en que Viviana no había reparado, pero que no había sido pasado por alto por su vivaracha prima era la ubicación de la ventana del baño: muy cerca del cerro.
La cabaña que sus tíos habían arrendado estaba frente al mar y enclavada en la ladera entonces era cosa de sacar el cuerpo por la ventana, agarrarse del arbusto más cercano y dejarse caer cómodamente de trasero, resbalando hasta el plano. Natalia más voluminosa y aparentemente menos flexible dio el ejemplo. Después de eso Viviana se envalentonó. Una vez que estuvo en tierra firme

inquirió —¿Cómo haremos después para entrar?— Natalia que tenía respuesta para todo, comentó —igual, escalamos por la maleza, nos metemos en el baño por la vetana y caemos dentro de la tina; por eso le puse ropa de cama adentro, para que esté blandito y no meter bulla.— Viviana a quien le parecía que su prima era un genio, dijo —tienes todo pensado— Natalia informó socarronamente —no es la primera vez que me escapo.
Viviana quien todavía no terminaba de convencerse de lo que estaba haciendo dice —yo sí, es la primera vez— Natalia la interrumpió —vamos a ver a nuestros galanes especialmente a Juan Carlos que te tiene loquita.
Viviana y Juan Carlos se atrajeron desde el comienzo y ahora al oírlo tocando la guitarra sentía más interés por él, se emocionó, no pensó que cantara tan bonito, se dio maña para sentarse a su lado. Después de un rato largo de canturreo él le paso la guitarra a su hermano —es tu turno— Juan Carlos ahora la abrazó y siguieron cantando todas esas canciones románticas de los 60 y 70. Entremedio caía un beso como al descuido.
El mar furioso seguía embraveciendo, pero en esas circunstancias de sana diversión e inicios de romances veraniegos ¿Quién prestaría atención a esto? De pronto una ola gigantesca e intempestiva los sorprendió de lleno apagándoles la fogata, el agua encolerizada capturó a todos por entremedio de las piedras llevándoselos al mar. Luego vino otra ola tan fuerte como la anterior que los devolvió a la playa y se recogió tan suavemente como si sólo les hubiera dado una lección y les indicara que no se debía salir con toque de queda y menos aún sin permiso.
Sin fogata quedaron en la oscuridad más absoluta y el griterío era impresionante. Juan Carlos hizo gala de su liderazgo natural y a gritos logró ordenarlos lo suficiente.
—¡Cállense todos! ¡Vamos a revisar si falta alguien!— comenzó a preguntar y efectivamente faltaba alguien.
—¿Natalia donde estás?— Natalia gritó —¡aquí! ¡no encuentro a Viviana! ¿Está contigo?— Juan Carlos palideció —¡nos soltamos cuando nos tomó la ola! ¿Con quien estabas tú? ¿Con quien más?— siguió Juan Carlos.
—¡Sólo con Viviana, sólo ella vino conmigo!— esperanzado consultó —¿Se habrá ido para la casa a cambiar ropa?— Natalia gritó —¡no, imposible! no sabe entrar en la casa sin mi ayuda, siempre estamos juntas.
Definitivamente faltaba Viviana, pusieron atención a los sonidos de la noche escuchando gritos de auxilio apenas perceptibles, por sobre el ruido del mar bravío. Quedaron petrificados ¿Qué podían hacer? ¿Lanzarse al mar? ¡era un suicidio! Al contrario del día precioso la luna ausente, hacía de la noche una boca de lobo. Alguien sugirió —

¿y si fuésemos a buscar ayuda?— otra voz contestó —¿Pero a quién? no tenemos buzos, ni rescatistas, ni Carabineros, este lugar está a campo abierto ¿Y si los hubiese? ¿Creen que se lanzarían al mar?
Cuando lograron tranquilizarse lo mínimo necesario, partieron todos a casa de Natalia a avisarles a sus padres, dormidos placidamente, lo ocurrido. Ellos, actuando con una fortaleza impresionante y sin decir nada, se abrigaron, tomaron una linterna y partieron inmediatamente detrás de Juan Carlos, a la playa a escuchar el ruido de la marejada. Después de un tiempo el tío dijo a su esposa y a Juan Carlos.
—¿Se atreven a ir a San Antonio?— ambos asintieron.
—Bien pasen a la casa, saquen un paño blanco grande y pónganlo en un palo y lo llevan fuera del auto, como enarbolando una bandera— mirando a su esposa indicó
—Conduce tranquila y estén atentos a cualquiera que intente detenerlos, vayan a lo primero que encuentren Gobernación Marítima o Carabineros y den aviso, nosotros esperamos aquí. La madre de Natalia y Juan Carlos partieron corriendo. A la hora regresaron con una camioneta de la Gobernación Marítima, tenía unos reflectores potentísimos con los que auscultaban palmo a palmo la playa, el roquerío y las aguas, pero el mar rugiente sólo dejaba ver su espuma y su oleaje.
Velaron toda la noche, se habían reunido las familias de todos los jóvenes y habían iniciado una cadena de oración por esa muchacha desconocida, otra presa que había cobrado el mar.
Los padres de Natalia partieron a San Antonio con las primeras luces del alba, para formalizar la denuncia y avisar a la madre de Viviana.
Con la llegada formal de la gente de la Gobernación Marítima se organizó la búsqueda legal. Ese día el Oficial a cargo habló con los tíos haciéndoles ver que los milagros no eran frecuentes en ese sector, la esperanza de encontrarla con vida era mínima, la joven pudiese no responder quizás porque estaba inconsciente entre las rocas o el mar la podría haber botado en otra playa más lejana. Pero su deber era informarles que dadas las condiciones del siniestro y marítimas; lo más probable es que hubiese muerto.
La barcaza, a cargo de las operaciones, no se podía acercar más a la playa sin el riesgo de escorar. Los buzos de la Gobernación Marítima y los mariscadores revisaron cientos de metros a la redonda, las corrientes marinas indicaban claramente donde estaría la joven. Jugaban contra el tiempo, el clima no estaba a favor, las marejadas se mantuvieron y, aunque los buzos se anclaban entre ellos, era imposible realizar una búsqueda eficiente sin el riesgo de morir azotado contra una roca. El precio era muy alto para rescatar un cadáver. Por su parte, todos los miembros del caserío hicieron un exhaustivo recorrido por todas las playas del sector: sin resultados.
Cada fin de día el Oficial a cargo hablaba con los familiares, pero ese

octavo día lo hizo a primera hora y se dirigió específicamente a la madre, en forma profesional y lapidaria.
—Señora, después de infructuosas y arriesgadas operaciones usted ha tenido tiempo de asumir que su hija falleció. Hoy lamentablemente debo informarle que lo que estamos buscando no es un cadáver, sino los restos, es duro lo que voy a decirle, pero el cuerpo, de encontrarse, estará golpeado contra las rocas, hinchado, deforme y presa de depredadores— ante la mirada atónita de su interlocutora, el oficial aclaró
—existen muchos pequeños animales marinos, para ellos un cuerpo es solamente alimento. Si llegamos a encontrar algo, máximo vamos a poder conseguir una prueba de que ella está muerta, para que usted quede tranquila.
La madre, sus tíos y prima, permanecían ahí todavía en la playa esperando un milagro que no ocurrió. Terminado el plazo de búsqueda legal la Gobernación Marítima se retiró y quedó oficialmente, como desaparecida en el mar. Ante la ausencia del cadáver, ella sería declarada legalmente muerta sólo cinco años más tarde.
Un buzo profesional, pagado por la familia, continuó buscando. Dos meses después, encontró el resto de un traje de baño rojo, se notaba que había sido de una pieza. Natalia lo reconoció, incluso recordó su broma "si te dan ganas de hacer pipí no se como te las vas a arreglar". Aparentemente ese traje de baño era lo único que recuperarían desde el mar.
Hasta el término del proceso Juan Carlos, seguía sentado en la roca, flaco, demacrado, sentía la impotencia de no poder hacer algo para darle a su amiga una sepultura cristiana y tranquilidad a la madre. Decidió que él se iba a convertir en buzo, no en cualquier buzo ¡en el mejor buzo! Y rescataría gratuitamente los cadáveres de las personas que desaparecieran en el mar. Con este juramento en su corazón pudo superar la pena de perder a su incipiente amiga, pararse y continuar su vida.

Rojas Silva, Alejandra Loreto
Pseudónimo Loreto Silva
1959, Pica, Chile
Santiago de Chile
Diplomada en Administración de Empresas, Titulada De Ingeniero de Ejecución en Sistemas de Información; Escritora y Pintora. Año 2005 a la fecha, miembro del Club Literario de www.escritoresdechile.cl
Año 2000 a la fecha, socio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). A la fecha en desarrollo las publicaciones electrónicas de cuentos para radio, se puede escuchar, Tolerancia Total, en:
Libros:
- Es mi naturaleza dijo el escorpión, año 2005, cuentos para adolescentes y adultos, 211 páginas, auto editado, 1.000 unidades.
- Chile: Punto de quiebre y otros relatos, año 2000, cuentos para adolescentes y adultos, 158 páginas, Editorial Platero, 1.000 unidades.
- Los Nuarianos, ciencia ficción, año 2007, novela, por editarse.

Cuentos:
- La edad de la inocencia, cuento para lectura en radio.
- Cuesta arriba, cuento para lectura en radio.
- La Ignorante, cuento para lectura en radio.
- Tolerancia total, cuento para lectura en radio.
- La socías, cuento para lectura en radio.
- Peter Pan, cuento para lectura en radio.

Teatro:
- Maravillosa, año 2006, obra de teatro. Estrenada en abril de 2006.

Distinciones:
- El cuenta cuentos, año 2001, cuento, primer lugar en concurso del Centro General de Padres y Apoderados del “Liceo San Agustín”, de Santiago de Chile.
- Punto de quiebre, año 2000, cuento, primer lugar en concurso del Centro General de Padres y Apoderados del “Liceo San Agustín”, de Santiago de Chile.
- Reunión de trabajo, año 1998, cuento, primer lugar en concurso “Empresas Interamericanas”, en Santiago de Chile.

Pintura:
o Colectivo de pinturas en el frontis del Diario La Nación en Diciembre año 2006, con un colgante de 4 metros intervenido con decoupage perezoso y acrílicos denominado “Ausencia”.
o Exposición de oleos en junio de 2005 en el Hall Central del Diario La Nación.

Otros:
o Pintura en género, Bauer, Decoupage tradicional y perezoso; diseña y confecciona ropa, artículos textiles y bisutería; diseña y

fabrica muebles.

Página web de la autora http://www.loretosilva.cl/
Correo electrónico l_silva@vtr.net